

cas en que éste cuidandero estaba trabajando. Experimentos controlados mostraron muy prontamente que las gallinas hipofisectomizadas que permanecían en la obscuridad toda la noche morían y que aquellas que tenían luz por períodos de una hora en el curso de la noche vivían casi normalmente. La explicación era obvia: las gallinas en la obscuridad no comen y por eso desarrollaban hipoglicemias fatales, mientras que aquellas que recibían luz por períodos regulares en la noche, alcanzaban a comer algo y en esa forma compensaban la hipoglicemia post-hipofisectomía. Desde esta época en adelante, hemos seguido experimentando con animales hipofisectomizados, alumbrándolos unas horas por la noche y no hemos vuelto a tener problemas”.

Si analizamos este caso, transcrito en detalle por ser poco conocido, vemos que lo importante es el hombre que percibe el hecho que se sale del plan y lo interpreta adecuadamente dentro del contexto de lo que está analizando, aunque aparentemente lo más llamativo parezca ser la casualidad, ¡si es que de tal puede calificarse el que un subalterno incumpla las órdenes recibidas!

Todo lo dicho tiene importancia también en el campo educativo, ya que es poco estimulante para la juventud el hacerle creer que cosas tan importantes como son las investigaciones científicas, terminan en un momento dado en forma afortunada gracias al azar. Esto crea o puede crear en la mente del estudiante una actitud de espera pasiva. El concepto de “serendipidad” por el contrario tiende a crear la necesidad mental de participar activamente en el proceso de la observación, a valorar todo lo percibido, a percibir haciendo abstracciones que permitan nuevas asociaciones por fuera de los marcos conocidos, y obliga al hombre a responsabilizarse no solo de lo que hace sino de lo que deja de hacer.

## LAS EPIFANIAS DE GOLDMANN

En su libro reciente acerca de la sociología de la novela<sup>1</sup>, Lucien Goldmann anuncia, desde el mismo prólogo de la obra, un descubrimiento de indudable importancia. Con modestia no exenta de dramatismo, escribe así: “¿Qué podía aparecer tan absurdo como afirmar rotación de la tierra o el principio de inercia cuando todo el mundo podía verificar, con evidencia inmediata e incontestable, que la tierra no se mueve y que una piedra lanzada jamás prosigue ininterrumpidamente su trayectoria? ¿Qué parece hoy tan absurdo como la afirmación según la cual *los verdaderos sujetos de la creación cultural son los grupos sociales y no los individuos*” (subraya H. V. G.) “cuando hay la experiencia inmediata y en apariencia irrefutable de que toda obra cultural —literaria, artística o filosófica— tiene por autor a un individuo?”.

¿La manzana de Newton? ¿O el huevo de Colón? Goldmann prevé adversidad e incompreensiones pero advierte que seguirá adelante: “Es un hecho normal e inclusive, en última instancia, alentador y positivo. Prueba que a través de las resistencias y de los obstáculos, contra los conformismos y la comodidad intelectual, el trabajo científico continúa, lentamente sin duda, pero efectivamente, su camino”. Es lógico que tal anuncio aumente el interés por conocer el contenido de este libro de Goldmann; por la misma razón, su lectura resulta exasperante; al concluir las cuatro partes que lo componen, aparece, para sorpresa del lector, ávido de conocer los hallazgos científicos anunciados en el prólogo, que el autor no pasa de ex-

<sup>1</sup> *Por une sociologie du roman*. Gallimard, París, 1964.



poner teóricamente algunos fundamentos de su doctrina sin molestarse, por el momento, en descender a ese molesto requisito de la hipótesis científica (pues de ciencia se trata) que es la verificación, la prueba.

En efecto, el libro se compone de dos capítulos puramente teóricos (el primero, "Introducción a los problemas de una sociología de la novela", y el último, "El método estructuralista genético en historia de la literatura") y de dos trabajos consagrados, respectivamente, a Malraux y al *nouveau roman* francés. El ensayo sobre Malraux es el más extenso, pues se lleva más de la mitad del libro. Es un trabajo aplicado, juicioso, escolar casi en donde Goldmann estudia la recurrencia y la modificación de ciertos temas y de ciertos personajes y tipos en las novelas de Malraux. El paciente estudio es trivial y, por supuesto, honorable. En el estado en que Goldmann nos la presenta, su investigación no aporta absolutamente nada nuevo al conocimiento del novelista. Pero se trata, según lo advierte el autor, de una etapa preliminar destinada, con toda probabilidad, a más arduas conclusiones. Estas, por el momento, permanecen en el misterio. El recorrido que hace por las novelas de Malraux indica tan sólo una respetuosa familiaridad con éstas, y una reverencia algo ingenua por la retórica del escritor francés. Goldmann es víctima de la elocuencia de éste: cuando se refiere a "La vía real" y a "Los conquistadores" dice con toda candidez que Perken y Garine, los protagonistas de estas dos obras, "son inseparables de su acción" (p. 58). En efecto, Malraux así los deseó; su (relativo) fracaso como novelista consiste en que tanto para el uno como para el otro la acción es un elemento ideológico y verbal, no algo presente en su realidad individual ni tampoco en la estructura de las novelas. Ambos discurren abundantemente, y con el sólito énfasis de Malraux, sobre la acción y la aventura; pero el paso del discurso al acto es, en ambos, uno de los procesos menos convincentes que Malraux haya referido.

La anterior observación es marginal; hay, en cambio, una expresión de Goldmann tan rotunda como la referente al "sujeto de la creación literaria", y aún más sibilina que ésta. Me refiero a la frase (p. 55) en la cual dice que Malraux es "uno de los más grandes escritores de la primera mitad del siglo XX en Europa occidental". Personalmente, pese a la gran admiración que le profeso al conjunto de su obra y en especial a ese libro amargo y vibrante que es "La condición humana", sospecho que donde Goldmann dice "Europa occidental" debe leerse más bien "Francia". Proust, Joyce, Musil, Mann, Kafka (para no hablar sino de novelistas, no de "escritores", como lo hace Goldmann) y, ¿Malraux? En cambio: Céline, Malraux, Saint-Exupéry, Camus, Sartre: la secuencia parece más razonable. Pero, haciendo a un lado esta cuestión, lo que no deja de sorprender es la manera tan enfática como, en medio de su proclamada intransi-

gencia científica, emite Goldmann un juicio de valor cuyo carácter subjetivo no se atenúa en ningún momento a lo largo de este estudio.

Es verdad que en otro lugar, y en un texto relacionado íntimamente con los que integran este libro, Goldmann advierte que en la investigación sociológica "es imposible separar los juicios de hecho de los juicios de valor"<sup>2</sup>. ¿La razón de esto? Como en todos los puntos decisivos, Goldmann la enuncia y pasa luego por ella como por sobre ascuas: "porque las categorías mentales del investigador son un elemento constitutivo de la existencia de un grupo social que actúa en el interior de unas estructuras globales". ¿Está claro?

No. No para mí, quiero decir. Más accesible resulta el capítulo consagrado al *nouveau roman*, el cual consiste en un análisis de la obra de Nathalie Sarraute y de Alain Robbe-Grillet. En él se reproduce el mismo fenómeno notorio en las páginas sobre Malraux: la minuciosa repetición de lugares comunes sobre estos autores. "La disolución del personaje", "el universo autónomo de los objetos", la desaparición de los sentimientos, etc., son las notas que Goldmann señala en ellos y sobre las cuales basa su escrutinio hasta llegar a la tersa inanidad de la conclusión: "(...) si se le da a la palabra realismo el sentido de creación de un mundo cuya estructura es análoga a la estructura esencial de la realidad social en cuyo seno ha sido escrito la obra, Nathalie Sarraute y Robbe-Grillet figuran entre los escritores más radicalmente realistas de la literatura francesa contemporánea" (P. 209).

Goldmann nos previene de que estos dos trabajos son parciales y que representan apenas un momento transitorio dentro de las investigaciones en que él se halla empeñado. Podría pensarse, entonces, en que esa provisionalidad debería vedar la publicación de estos materiales; la bibliografía de Goldmann es lo bastante rica como para que no tenga que plantearse la alternativa académica de *publish or perish*. "Más lo que sé tengo que proclamarlo. Como un enamorado, como un borracho, como un traidor", decía el Galileo de Bertolt Brecht. ¿La magnitud de los hallazgos de Goldmann justifica, por lo menos subjetivamente, esta formulación prematura de sus resultados?

Ciertamente. Es decir, si nos conformamos con el solo enunciado que de ellos hace el autor. "Pues resulta que tan solo a partir de la obra de Lukacs, y superándola, sobra decirlo, aparece posible un análisis marxista y dialéctico de la forma novelesca y asimismo que este análisis nos ha per-

<sup>2</sup> "Introduction au premiers écrits de Lukacs", en Georges Lukacs, *La théorie du roman*. Gonthier, Ginebra, 1963.

mitido comprender no sólo la génesis de esa forma, sino también de integrarla dentro del estudio marxiano de la sociedad capitalista, y de suministrarle, por eso mismo, ciertas precisiones a éste”<sup>3</sup>. Y, un poco antes, se refería a su gran intuición: la relación entre el fetichismo de la mercancía, tal como la expone Marx en el libro I del “Capital”, y los análisis de Lukacs sobre la estructura de la novela. “Nadie, que sepamos, había logrado iluminar el nexo inteligible que engendra esta correspondencia”. En un pasaje memorable del *Stephen Hero*, Joyce dice que el reloj de una iglesia puede ser una epifanía. Y luego explica irónicamente el significado del término: “Durante largo tiempo no había comprendido lo que quería decir Tomás (de Aquino). Utiliza una palabra en sentido traslaticio (algo insólito en él); pero he descubierto su sentido. La *claritas* es la *quidditas*. Tras el análisis que descubre la segunda cualidad (la simetría) el espíritu realiza la única síntesis lógicamente posible y descubre la tercera cualidad (la luminosidad). Llamo epifanía a ese instante”<sup>4</sup>. Llamar también epifanías a las *trouvailles* de Goldmann es acaso una falta de respeto. El término, en efecto, a) carece por completo de rigor científico, y b) no aparece dentro de las construcciones teóricas de Marx. (Ni, creo, tampoco en las de Lukacs). Pero, ¿qué otra cosa hacer ante esa mezcla de locuacidad y de silencio que caracteriza a este libro? Goldmann proclama iluminaciones decisivas en el ámbito teórico: “la homología” (y más adelante dice la “homología *rigurosa*”) “entre la estructura novelística clásica y la estructura del cambio en la economía liberal”. Metódicamente, se adelanta a las posibles objeciones. ¿En qué forma se produce esa correspondencia? Y entonces, para justificar el enunciado teórico, esboza otra *teoría* adicional. (P. 30 ss.).

La impresión es fantasmal; Goldmann anuncia la disponibilidad de una serie de instrumentos conceptuales que permiten emprender el estudio científico de la literatura; menciona cuáles son esos instrumentos y los define en abstracto; pero en vano esperamos la aplicación de esa maquinaria teórica a una sola obra literaria concreta. El lector aguarda, no irrazonablemente, una palabra sobre Stendhal o sobre Flaubert o sobre Dickens; Goldmann, implacable, se limita a continuar hablando de “la novela burguesa” o del “héroe problemático” de Lukacs.

Epifanías. La obra científica va emitiendo un embarazoso tono lírico: se transforma en una literatura de confesión. “El grupo social —por intermedio del creador— resulta *ser, en última instancia, el verdadero sujeto de la creación*” (subraya Goldmann) (p. 217). Se está constituyendo una

<sup>3</sup> *Ibidem*.

<sup>4</sup> Citado por Walter Hollerer en “La epifanía, héroe de la novela moderna”. “Eco”, Bogotá, octubre de 1963.

*ciencia* de la literatura (“seria, rigurosa y positiva”). Existe ya la metodología para esta ciencia: consiste en la utilización de conceptos marxistas y de conceptos lukacsianos unificados por Goldmann: “estructura dinámica significativa”, “conciencia posible” y “posibilidad objetiva”<sup>4</sup>. Con ellos se obtiene el “método estructuralista genético”, a cuya descripción le consagra Goldmann, como decíamos el último capítulo de este libro sobre la sociología de la novela. Epifanías. Confidencias. Goldmann cuenta el santo pero no el milagro; el lector interesado seriamente en el tema es víctima del tratamiento de Tántalo; el ¿cómo? de todas estas teorizaciones permanece siempre escondido, y sólo le queda la perspectiva de aguardar futuras obras en que Goldmann revele las conclusiones de los trabajos a que ahora se halla dedicado. Por el momento se trata de intuiciones; y el tono portentoso con que son manifestadas no excluye el rancio aroma de estos empeños escolásticos, el tufo mohoso de empresas tan manifestamente epigonales, tan denodadamente académicas.

En el libro primero de “El Capital”, tan importante en el pensamiento de Goldmann, hay una agresiva nota en la que Marx dice: “Cabría pensar que a todas las mercancías se les puede imprimir a la vez el sello de objetos directamente permutables, del mismo modo que cabría pensar que todos los católicos pueden convertirse en papas”<sup>5</sup>. La teoría marxista de valor de uso y de valor de cambio que, según Goldmann, ha de servir para explicar “necesariamente” la estructura de la novela del siglo XIX, le sirve a George Thomson, por ejemplo, para explicar (también “necesariamente”, por supuesto), los fragmentos de Heráclito<sup>6</sup>. Goldman dice que su método se distingue del de los marxistas tradicionalistas en que él omite la mediación de la conciencia colectiva y la sustituye por la mediación del grupo. Pero, ¿qué quiere decir con esto? ¿Qué es, para empezar, un grupo? Ni siquiera en sociología, me parece, el concepto de “grupo” es lo suficientemente unívoco como para mencionarlo tan sólo, de pasada, en la forma en que lo hace Goldmann. Quien, una vez más, no hace sino transmitirnos una de sus epifanías. En la forma en que éstas se expresan en el libro, tienen una posibilidad de mostrarse valederas igual a la que tienen todos los católicos de ser papas. Tal como se esboza en “Para una sociología de la novela”, el método de Goldmann corresponde a lo que, dentro de otro contexto, y despectivamente, Lukacs califica de “eclecticismo de las epigonías”.

<sup>4</sup> “Introduction”, etc.

<sup>5</sup> Tomo I, p. 34. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1946.

<sup>6</sup> “Los primeros Filósofos”. Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.